

ROMANCERO
DE
NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

PREMIADO

CON LA GUITARA DE PLATA Y ORO

EN EL CERTÁMEN

celebrado por la Academia bibliográfico-Mariana de Lérida,
en Octubre de 1865.

SU AUTOR

D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE C. MOLINER Y COMPAÑIA.
Calle de Cervantes, número 17.

1866.

FM 3502

E. Y P. LIBROS
ANTIGUOS Y MODERNOS
Apartado 57.072
28080 MADRID

ROMANCERO

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

ROMANCERO DE NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

DE MANUEL GONZÁLEZ Y BERNARD

SEGUNDA EDICION.

ROMANERO DE NUESTRA SEÑORA DE MADRID

ROMANCERO
DE
NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

PREMIADO

CON LA CÍTARA DE PLATA Y ORO

EN EL CERTÁMEN

celebrado por la Academia bibliográfico-Mariana de Lérida,
en Octubre de 1865.

~~~~~

SU AUTOR

D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD

---

SEGUNDA EDICION.

12/95.346

MADRID.

IMPRENTA DE C. MOLINER Y COMPAÑIA.

Calle de Cervantes, número 17.

1866.





ROMANCERO

DE

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

ROMANCERO

CON LA CRUZA DE PLATA Y ORO

DE LA CIUDAD

Revisado por la Academia de la Lengua Española en Madrid el 15 de Mayo de 1902.

DE AÑO

D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD

SEGUNDA EDICIÓN.

Q/22 346



MADRID.

IMPRESA DE F. MOLINER Y COMPAÑIA.

CALLE DE LA LAMPA, 11.

1902



NOS DON FRANCISCO GOMEZ SALAZAR,

PRESBITERO, DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA, LICENCIADO EN JURISPRUDENCIA, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, TENIENTE-VICARIO JUEZ ECLESIASTICO ORDINARIO DE ESTA M. H. VILLA Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse el ROMANCERO DE NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA, escrito por D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD; mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.—Madrid veinte y cinco de Setiembre de mil ochocientos sesenta y tres.

Dr. Salazar.

Por mandado de S. S.,

Ido. Juan Moreno Gonzalez.



# NOTA DON FRANCISCO GOMEZ SALAZAR

INGENIERO, DOCTOR EN CIENCIAS FÍSICAS, LICENCIADO  
EN INGENIERÍA, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD  
CENTRAL. TERCER VICEPRESIDENTE DEL INSTITUTO  
NÚMERO 10 DE LA VILLA Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente, y para que a Don Juan, conde de  
los Rios, sea dada la plaza de ingeniero y profesor  
de INGENIERÍA DE OBRAS DE SANEAMIENTO DE  
AGUAS, vacante por D. Manuel Utrilla y García,  
indagando que de acuerdo con el artículo 1.º de la  
ley de 1.º de mayo de 1900, en la que se declara  
algunas plazas y para cubrir el mismo vacante y  
caso de fallecimiento de los ocupantes sucesivos y los

Dr. Salazar

Don Juan Manuel Salazar



## AL SR. D. FRANCISCO RIBAS Y VALENZUELA.

---

*Tiempo hace que anhelaba manifestar á V. públicamente el valor que para mí tiene su constante y preciosa amistad, y para ello hubiera deseado poder ofrecerle la dedicatoria de una obra, que correspondiese por su mérito á mi intencion.*

*Mas, ya que esto es imposible, atendiendo á lo pobre de mis fuerzas, permitame V. que coloque su nombre al frente de la segunda edicion de este ROMANCERO, escrito en una de las épocas más aflictivas de mi vida, y que acaso permanecerá aún inédito, sin la inmerecida distincion con que fué acogido por la Academia bibliográfico Mariana de Lérida.*

**M. Ossorio y Bernard.**

Abril de 1866.



# AL SR. D. FRANCISCO RIVAS Y VALLEZUELA.

Tengo honor que agradezca mucho a V. señoría la  
lealtad que para mí tiene en constante y firmeza en-  
tendimiento, y para ello habiendo deseado poder ofrecerle la debi-  
da calificación de una obra que correspondiese por su mérito a  
mi intención.

Mas, ya que esto es imposible, atendiendo a lo poco de  
mis fuerzas, permitame V. que coloque su nombre al fin  
de la segunda edición de este *Historia*, en vez de la  
de las épocas más antiguas de mi vida, y que acuse por  
esta obra inédita, sin la menor distinción con que  
fue acogido por la Academia de Ciencias de Madrid.

M. Cordero y Pizarro.

1844-45



## INTRODUCCION.

---

Era una plácida tarde:  
entre cien nubes rojizas  
á otras remotas comarcas  
marchaba el astro del día.  
Muda la naturaleza  
le daba por despedida  
el aroma de las flores,  
la voz de las avecillas.  
Hora sublime en que el alma  
en sí misma recogida  
elévase á Dios un punto  
y en Dios un punto medita.  
Hora en que el hombre recuerda  
de su niñez las delicias  
y los besos de una madre,  
cuando la llora perdida.  
Hora, en que todo es sublime,  
hora en que todo respira  
tranquilidad y descanso,  
abstraccion y poesía.  
Tocaban las oraciones  
las campanas de la villa,  
faltaban ya los sonidos  
que animacion dan al día,  
y por la senda que lleva  
de Atocha á la Santa ermita,  
en mis propios pensamientos,  
marchaba el alma abstraída.  
En el fondo de las nubes  
se destacaban altivas  
de la casa de la Virgen  
siluetas desvanecidas,

el fronton sério y extraño,  
las torres y las cornisas,  
como fantasmas gigantes,  
que á los cielos desafían.  
Pisé luego los umbrales  
del templo con marcha tímida  
y solo acordes los écos  
mis pisadas repetían.  
En la venerada Imágen  
la vista fijé en seguida  
y noté en su bello rostro  
una celestial sonrisa.  
Todo respiraba calma  
y dulzura y armonía,  
ni el mas ligero rüido  
turbaba aquella paz mística  
y en la claridad escasa  
confusamente se vian  
de milagrosas ofrendas  
las paredes guarnecidas.  
Dejaba volar mi mente  
en direcciones distintas  
por los más remotos tiempos,  
por los más diversos climas,  
y doquiera que encontraba  
una empresa noble y digna  
notaba el favor constante  
de aquella Imágen Santísima.  
Cual eterno testimonio  
de gratitud y alegría,  
unas guerreras enseñas  
de sus paredes pendían.



De los españoles tercios  
 algunas de ellas antiguas  
 ostentaban las memorias  
 de Holanda y de Italia unidas,  
 y en mil girones formaban  
 su historia valiente y limpia,  
 las épocas recordando  
 que España jamás olvida.  
 La Independencia Española  
 las más de ellas atestiguan,  
 y aún parece que tremolan  
 en sus guerreras fatigas.  
 Aragon y Cataluña,  
 Valencia y Andalucía,  
 mezclan sus gloriosos hechos  
 á las glorias de Castilla.  
 Distinguese claro en unas  
 el águila ya vencida,  
 que del leon en las garras  
 herida tiembla y palpita.  
 En otras un ave fénix  
 abrasándose en su pira,  
 para renacer de nuevo  
 de sus calientes cenizas.  
 Unas provincias sus armas  
 junto á monárquicas cifras,  
 otras inscripciones santas  
 y algunas alegorías.  
 En todas fé y esperanza  
 y española valentía,  
 en todas independencia  
 y libertad se adivina.  
 Y en el coro, dominando  
 á las otras, se alza altiva

la que en las manos de un héroe  
 tremoló en Lepanto un día,  
 y cual si siempre la gloria  
 á la gloria fuese unida,  
 las africanas banderas  
 dan sombra á dos tumbas frias.  
 De Palafox y Castaños  
 guardan preciadas cenizas.....  
 ¡el Cielo tiene sus almas,  
 sus hechos el mundo admira!  
 Postréme luego de hinojos,  
 mis horas lloré perdidas,  
 y el bálsamo del consuelo  
 descendió hasta el alma mía;  
 que es la oracion la esperanza  
 que nos sostiene en la vida.....  
 ¡Infelices los que apartan  
 de la religion la vista!  
 Soñé en la gloria del justo,  
 hácia ella elevé mis miras  
 y un pensamiento ambicioso  
 me hizo tomase la lira.  
 Cantar anhelé tus glorias,  
 y hoy á tus plantas benditas  
 mi pobre trabajo ofrezco,  
 tan falto de poesía.  
 Recíbelo, pura Virgen,  
 acórreme compasiva  
 cuando la puerta traspase  
 que separa nuestras vidas,  
 y á tu divina corona  
 añade estas flores místicas,  
 con mis lágrimas regadas  
 y para tu gloria escritas!



## GRACIAN RAMIREZ.

---

### I.

Corria el octavo siglo  
de sangre entre cien torrentes  
y aún rojas se conservaban  
la aguas del Guadalete.  
Cautiva España gemía  
de un rey muerto los placeres  
y en su duro cautiverio  
alzaba al Cielo sus preces.  
Que es la condicion humana  
tan miserable y endeble,  
que solo en su Dios medita  
cuando su fortuna pierde.  
El imperio de los godos  
formidable un dia y fuerte,  
que se dormia embriagado  
de la orgía entre las heces,  
al despertar de aquel sueño  
como una máquina inerte,  
empezó á ver los pesares  
descarnados é imponentes.  
Derramó luego abatido  
llanto sangriento y estéril,  
clamó por su bien perdido,  
juzgóse á combatir débil  
y falto de la esperanza,  
que siempre al justo sostiene,  
dobló la cerviz al yugo,  
resignado con su suerte.  
Mas pronto la fé divina  
encontró en Pelayo albergue,  
alzóse el pendon cristiano

y aquellas escasas huestes  
la corona de la gloria  
sujetaron á sus sienas.  
Jamás humana constancia  
dió un ejemplo tan solemne  
de lo que alcanza quien lucha  
por su Dios y por sus leyes,  
cual las guerras que empezando  
de Astúrias en las pendientes  
en siete siglos inundan  
á la historia de laureles.  
El pueblo alzó con su ejemplo  
la abyecta y cobarde frente:  
estremecióse de ira,  
notó su sangre valiente  
con fuego abrasar sus venas,  
y al ver que luchando puede  
destrozar con fieras garras  
sus infamantes cordeles,  
aguza el torvo cayado,  
limpia el hierro, que enmohece  
el continuado desuso,  
y marcha á buscar la muerte.  
Comparten su altiva furia  
los niños y las mujeres,  
acrecen siempre los bríos,  
la lucha sagrada emprenden,  
sin que nunca les aflija  
los que en la demanda mueren,  
porque amamantan las madres  
entre sus brazos mil héroes!



Madrid tambien suspiraba  
en poder de los infieles  
y cual si ufanos creyeran  
dominarlo para siempre  
derribaron los altares  
del Supremo Rey de reyes.  
Solo la ermita de Atocha  
era el sitio en que los fieles  
sus voces al Cielo alzaban  
porque en su auxilio acudiese.  
Tal vez los moros creyeron

trabajo vano y estéril  
tener fuera de los muros  
templo en que elevar sus preces:  
tal vez juzgaron ufanos  
aquel religioso albergue  
muy pequeño para el culto  
de las madrileñas gentes.....  
Ello es lo cierto que estaba,  
segun autores lo advierten,  
la Santa Imágen de Atocha  
cerca del lugar que hoy tiene.

## II.

Dichosos los que en su alma  
guardan sagradas creencias,  
que son el bálsamo dulce  
con que se curan las penas.  
Dichosos los que á la Virgen  
Madre del Señor veneran,  
y ante Ella sus ruegos alzan  
y de Ella su dicha esperan.  
Muy devoto de su Imágen  
era por aquella época  
Gracian Ramirez, hidalgo  
de la principal nobleza.  
Retirado de la villa  
por la invasion sarracena,  
en un castillo habitaba  
de Rivas sobre las cuevas.  
Dichoso entre su familia  
no le acosaban mas penas  
que los males de su patria  
y su inmerecida mengua.  
Por eso todas las tardes,  
sin dar al cansancio treguas,  
iba á ofrecer á la Virgen  
su fé respetuosa y ciega.  
.....  
Ya el sol rojizo bordaba  
las cumbres más altaneras  
y matizaba las nubes  
de tornasoladas mezclas.

Tranquila estaba la tarde,  
vagaba el aura serena  
y murmuraban las aves  
indescifrables endechas.  
Todo era calma y reposo,  
sin ser turbado siquiera  
por el canto del labriego,  
que marcha tras de su reja.  
Que las naciones esclavas  
con dificultad se entregan  
á fertilizar los campos  
que su misma sangre riega.  
Y ese abono aborrecible  
solo produce doquiera  
zarzas, que creciendo libres  
forman bosques de malezas.  
Y aunque era hermosa la tarde  
y la atmósfera risueña,  
el cielo azulado y puro  
y las avecillas tiernas  
saltaban de mata en mata  
y daba su olor la yedra,  
bajo aquel lago tranquilo  
se adivinaban tormentas.  
Mudo en sus meditaciones,  
y tal vez en sus tristezas,  
marchaba Gracian Ramirez  
por una escondida senda.  
Iba solo y pensativo:



tal vez su antigua existencia  
daba diferentes formas  
á sus contrarias ideas.  
Tal vez recordaba triste  
el tiempo de sus grandezas  
en la corte de Rodrigo,  
foco de amor y de fiestas.  
Tal vez se representaban  
en encontradas escenas,  
los toledanos festejos,  
las jerezanas refriegas;  
y absorto en esos contrastes  
cruzaban por su cabeza  
ora el baño de Florinda,  
causa de tantas querellas;  
ora el vaticinio horrible  
que le hizo la Providencia  
á Rodrigo, de que el gozo  
lleva tras de sí las penas;  
ora las corrientes turbias  
del Guadalete, que á fuerza  
de sangre tñó sus márgenes  
y adquirió memoria eterna;  
ora el confuso combate  
en que nublaban las flechas  
el aire y quizás cortaban  
cien heróicas existencias.  
¡Acaso escuchar creía  
la voz doliente y enferma  
de Rodrigo, que en las aguas  
lavar quiso sus afrentas,  
ó ya por el horizonte,  
sangrienta la vista y suelta  
la crin, alejarse raudo,  
libre de ginete Orelia:  
el suelo lleno de heridos,  
las mil derribadas tiendas  
y aquel campo, en que cernían  
los cuervos sus alas negras!  
Luego tornaba á la Virgen  
sus pensamientos y empresas  
y aligeraba su paso  
para llegar á la iglesia.  
Por fin, cuando del crepúsculo  
las luces vagas é inciertas  
por instantes se perdían,  
llegó del templo á la puerta;

mas, no bien la hubo pasado  
detuvo su planta trémula  
y el color de su semblante  
pasó al blanco de la cera.  
La Santa Virgen de Atocha,  
la Inmaculada azucena  
Madre de Dios humanado  
para la salvacion nuestra;  
la Imágen tan venerada,  
la religiosa bandera,  
en cuyo torno los fieles  
aliviaban sus dolencias,  
no se hallaba ya en su templo.....  
Tal vez en manos groseras  
se encontraba profanada,  
de la religion en mengua.  
Gracian Ramirez confuso  
cayó de hinojos en tierra,  
mas pronto la ira del alma  
le hizo recobrar sus fuerzas  
y tomó con paso airado  
el camino de sus tierras.  
Pero, no bien hubo andado  
unos pasos, á la vuelta  
de un montecillo, su vista  
hirió una luz macilenta  
que de entre algunas *atochas*  
brotaba rosada y bella.  
Dirigióse á ella Ramirez,  
se abrió paso entre las yerbas  
y en medio encontró la Imágen  
hermosa siempre y risueña.  
Postróse ante ella enseguida,  
sustituyó su violencia  
con acentos de ternura,  
con oraciones sinceras,  
y ante la noche callada,  
al fulgor de las estrellas,  
con el ánimo piadoso  
la hizo esta santa promesa:  
«Madre de Dios, Virgen santa,  
que das bálsamo á las penas  
é intercedes por nosotros  
ante la justicia eterna;  
un templo has abandonado  
y te estás aquí entre yerbas:  
permite que en este sitio



otro templo yo te ofrezca.  
No podré hacerlo, María,  
de forma que digno sea  
de albergar tu Imágen santa,  
por mis escasas riquezas;  
pero sí que te resguarde  
de las furiosas tormentas,  
é indique á todos los buenos  
donde dejar sus ofrendas.

Tal vez mis pobres esfuerzos  
mayor proporcion adquieran  
cuando tu nombre proclamen  
las edades venideras.»  
Y diciendo estas palabras  
besó de nuevo la tierra,  
y, contento, encaminóse  
de Rivas hácia las cuevas.

### III.

Poco despues nuestro hidalgo,  
por su promesa devota,  
dejó su tranquila casa  
con sus hijas y su esposa,  
sus infinitos criados  
y una hueste emprendedora  
de cristianos que anhelaban  
prestarle auxilio en su obra.  
Todos los que el plan supieron  
trabajaron por la honra  
de la Santísima Virgen,  
Nuestra Señora de Atocha.  
Mas, ay! no bien sus paredes  
se elevaban majestuosas,  
se vió de sangre regado  
aquel templo de la gloria.  
Juzgaron los sarracenos  
con ignorancia medrosa,  
ser la ermita fortaleza  
temible, por verla próxima,  
y al mirar los materiales  
de aquellas murallas sólidas  
y los mil preparativos  
de la empresa religiosa,  
creyeron de éxito fácil  
derribarla en pocas horas,  
si con presteza acudian  
con gente al combate pronta.  
Y apenas lo meditaron  
cuando, reuniendo sus tropas,  
hicieron una salida

contra la empezada obra.  
Gracian Ramirez al verlas  
tembló de furor y cólera;  
sus pasiones de guerrero  
renacieron orgullosas,  
y al ver próximo el peligro  
decidió morir con gloria.  
Juntó los hombres que pudo  
y resolvió á toda costa  
morir antes que rendirse  
á los hijos de Mahoma.  
Pero, un triste pensamiento  
una reflexion penosa  
hizo flaquear un punto  
su resolucion heróica.  
¿Qué iba á ser, ellos ya muertos,  
de sus hijas y su esposa?  
¿Cómo guardar su pureza  
entre las salvajes hordas,  
cuyos brutales deseos  
enjendraban las victorias?  
La fuga era ya imposible....  
dejarlas vivas y solas  
era entregar al milano  
el nido de las palomas.  
Y en tanto el tiempo pasaba:  
se hallaba á distancia corta  
ya el enemigo, rugiendo  
de sed de salvaje gloria.  
¿Qué hacer? El amor de padre  
motivaba luchas sordas



en su valeroso pecho,  
entre su amor y su honra.  
De pronto, horrible proyecto  
cruzó su mente afanosa,  
y fué á buscar con premura  
á las que su empresa estorban.

Vaciló, no se atreviendo  
á abrir siquiera la boca,  
y se abrazó con sus hijas,  
de amor las preciadas joyas;  
mas ellas, adelantándose  
á su idea, cariñosas  
tales palabras le dicen,  
mientras Ramirez ahoga  
su cariño, acariciando  
de su ancha daga la hoja:

—Padre, ¿por qué tu semblante  
pálido se encuentra ahora?  
Marcha á combatir, la Virgen  
te concederá victoria.

—¿Y no veis, hijas del alma,  
cuán fuertes y numerosas  
son sus huestes? Si yo muero,  
quién velará por vosotras?

—La Virgen será en el Cielo  
nuestra dulce protectora:  
no tiembles, con ese acero  
nuestras existencias corta.

—Hijas! ...

—¡Si el brazo te tiembla,  
añade también su esposa,  
con la muerte, aunque mujeres,  
sabremos guardar la honra!

—Sea! pronuncia Ramirez,  
con voz por el dolor ronca,  
y con tres golpes su acero  
corta tres vidas preciosas.  
Al verlas muertas en tierra  
su furia y valor redoblan,  
y lo mismo que la fiera  
á quien sus cachorros roban,  
tembloroso de coraje  
y reuniéndose á sus tropas  
marcha en busca de otra sangre,  
que lave su espada roja!

. . . . .  
. . . . .

Horrible ha sido la lucha.  
Claro su furia pregonan  
los chorros de sangre humana,  
que el casco al corcel embotan.  
Rojas se encuentran las zarzas,  
húmeda la tierra toda,  
sólo se escuchan lamentos,  
la muerte domina sola.  
Inertes cuerpos obstruyen  
el paso á las fieras hordas,  
que hacen pagar á sus potros  
el rencor de la derrota.  
Doquier turbantes caídos,  
doquier cimitarras rotas,  
doquier brillantes arreos  
en confusion horrorosa.  
La luna ilumina el campo  
con blanquecina aureola,  
reflejándose sus luces  
en los bordados y joyas.  
Mas, acaso no queriendo  
alumbrar la sanguinosa  
escena, envuelta entre nubes  
aguarda la nueva aurora.  
Todo es ya silencio y luto:  
sólo se escucha á deshora,  
el lamento de un herido  
que acaso á su Dios invoca.  
Mas, pronto su voz espira  
y en cambio se escuchan otras....  
las de las fieras que albergan  
los jarales y las rocas.  
A las voces de sus siervos  
la Virgen no ha sido sorda,  
dándole á Gracian Ramirez  
una impensada victoria.  
Muchos sus contrarios eran,  
mucha su fuerza asombrosa;  
pero el poder de la Virgen  
el triunfo les dió á sus tropas.  
Y no contenta con eso,  
dejó una prueba notoria  
de cuanto auxilia á los buenos,  
que su santo nombre invocan.  
En medio del regocijo  
de aquellas cristianas tropas,  
solo Gracian se acusaba



de la muerte de su esposa  
y sus inocentes hijas  
inmoladas á su honra.  
Y con tales pensamientos  
entran al templo de Atocha,  
para rezar á la Virgen,  
que les diera la victoria.  
Mas ¿qué vé Gracian Ramirez,  
que el paso dudoso acorta  
y tiembla, de pavor lleno,  
y quiere hablar y no osa?  
Vé delante de la Imágen

arrodilladas y hermosas  
á su mujer y sus hijas,  
que á la Virgen santa imploran.  
Risueñas ora las mira,  
cuando las dejó llorosas.....  
muertas las dejó al marcharse  
y vivas las halla ora!  
Del asombroso milagro  
sólo guardan en memoria  
sobre sus cuellos de nieve  
estrecha una lista roja.



## ESPERANZA EN EL PELIGRO.

Cuando las turcas armadas  
daban á la Europa espanto,  
persiguiendo á sangre y fuego  
las naves de los cristianos;  
antes que D. Juan de Austria  
les arrancase sus lauros,  
derribando sus insignias  
en el golfo de Lepanto,  
la cristiandad aterrada,  
sus recursos comparando,  
temblaba cual por el viento  
tiemblan las hojas del árbol.  
Y es que cautivos yacian  
en los pueblos africanos,  
sufriendo crudos tormentos,  
millares de desgraciados.  
Instituyóse por ellos  
la orden de Mercenarios,  
esfuerzo grande y valiente  
que escediendo de lo humano  
manifiesta cuánto alcanza  
de la Virgen el amparo.  
Bendita sea mil veces  
la caridad, pío y grato  
consuelo de los que vierten  
por sus penas tenaz llanto.  
Bendita la fé, que guia  
al bien los débiles pasos  
y otra vida nos ofrece,  
llena de eternos encantos.

Vivia en Argel, cautivo  
cerca ya de veinte años  
Cristóbal Jansen, valiente  
siempre aunque infeliz hidalgo.  
Y en época tan estensa

logró vivir esperando  
poder evadirse un día  
de los pesares del baño.  
Mas, ¡ay! que varios motivos  
hicieron sus planes vanos,  
y aunque cautivo seguia,  
fué siempre libre su ánimo.  
Pero, cuando ya abatido  
por ver sus planes frustrados  
solo á la muerte fiaba  
diese fin á su quebranto,  
inesperado remedio  
hizo cesar su cansancio,  
dándole para la lucha  
nuevo valor obstinado.  
El que sumido en tinieblas  
ve del sol siquiera un rayo,  
ó el que distingue una tabla  
bienhechora en el naufragio,  
siente palpar su pecho  
más valiente y confiado  
y renacer la esperanza  
su corazón animando.  
Haydar, capitán temido  
entre los demás corsarios,  
aprestaba una galera  
para surcar el Océano,  
y á la construcción prestaban  
los cristianos su trabajo,  
cuando tal vez la obra aquella  
á aumentar iba su daño.  
Y así sucedió en efecto;  
no bien su quilla descanso  
halló en las revueltas ondas,  
al viento soltando el trapo,  
armóla el arraez en corso



y buscó ochenta cristianos,  
para que diesen al remo  
sujetos al duro banco.  
Jansen se hallaba entre ellos  
y una vez dentro del barco  
les hizo ver los tormentos  
de su miserable estado:  
hizo nacer en los pechos  
el valeroso entusiasmo  
en su empresa, prometiéndoles  
de la Virgen el amparo.  
Y así que notó que todos  
se hallaban determinados  
á morir en la demanda  
ó volver á España salvos,  
aguardó sólo el instante  
propicio para lograrlo  
con el favor de la Virgen  
y la fuerza de su brazo.

Oscura noche tendía  
sobre los mares su manto  
y por el sueño rendidos  
se hallaban los mahometanos.  
Argel dormía tranquilo:  
sólo el silencio reinando  
se hallaba dueño absoluto  
de mares, villas y campos.  
Jansen y sus compañeros,  
la ocasión aprovechando,  
á los descuidados moros  
resueltamente atacaron.  
Estos, volviendo del sueño,  
echaron al hierro mano,  
trabándose en la galera  
un combate encarnizado.  
Mas Dios quiso en aquel punto  
proteger á sus esclavos,  
haciendo que al fin rindiesen  
á las gentes del corsario.  
Entonces los fugitivos,  
el duro remo agarrando,

huyeron de aquellas costas  
sin ser de nadie observados;  
pero, á pesar de su empuje,  
les era el viento contrario  
y al despuntar la mañana  
todos de pavor temblaron.  
Como inútiles creyeron  
sus esfuerzos y trabajos,  
pues el viento les llevaba  
al puerto de sus quebrantos.  
Entonces el desaliento  
se apoderó de sus ánimos  
y los remeros valientes  
de bregar al par cesaron.  
Creyéronse ya perdidos  
y al contemplar eran vanos  
sus esfuerzos contra el viento,  
á la Virgen invocando,  
aquellos hombres valientes  
que con ardor temerario  
nada juzgaron la muerte  
de su cautiverio al lado,  
de temor sobrecogidos  
como unos niños lloraron.

Pero la Virgen de Atocha  
tendió sobre ellos el manto  
de su clemencia, y los vientos  
cambiaron á su mandato.  
Y al cabo de pocas horas,  
sin encontrar nuevo obstáculo,  
con lágrimas de ternura  
besaban el suelo pátrio.

Jansen, que en medio del gozo,  
no quiso ser nunca ingrato,  
dejó en la ermita de Atocha  
en recuerdo del milagro  
un cuadro donde se encuentra  
de su evasión el relato,  
y la cadena de hierro  
que arrastró estando en el baño.



## LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

¡Ay del que sube cansado  
por la cuesta de la vida,  
huyendo de su conciencia  
y creyendo hallar la dicha!  
¡Ay del que muestra en sus labios  
una equívoca sonrisa  
y las heridas del pecho  
remordimientos destilan!  
¡Ay del que sufriendo calla  
y entre sus dichas ficticias,  
se embriaga por un instante,  
padece días y días!  
¡Ay del jóven, que en su frente  
enseña profundas líneas  
y canta y mienten sus cantos,  
y ríe y mienten sus risas!  
Que el pecador lleva siempre  
dentro del alma escondida  
una voz que le recuerda  
la causa de su agonía.  
En sus placeres mayores  
siempre se mezcla intranquila  
de su pecado la idea  
que morir hace su risa,  
y en su penoso camino  
una voz doquier le grita.....  
la voz del remordimiento,  
que á su razón tiraniza.

Tras un pasado de culpas  
gastado en viles orgías,  
arrepentido un mancebo  
entraba en la santa ermita.  
Fiaba en la santa Madre  
del Señor, que compasiva  
sus pasos desacertados  
al bien encaminaria.  
Porque siempre la Pastora  
tiene consuelo y caricias,  
por si á su redil abierto

vuelve la oveja perdida;  
y si el que nunca pecara  
merece la eterna dicha,  
el culpable arrepentido  
también encuentra acogida,  
pues si sucumbió al pecado  
ciega para el bien la vista,  
de arrepentimiento el llanto  
su corazón purifica.

Por eso nuestro mancebo  
al santo recinto iba,  
para buscar el consuelo  
de sus errores y culpas;  
mas, no bien pasó la puerta  
quedaron sus plantas fijas,  
cual si al pavimento santo  
se encontrasen adheridas.  
Quiso avanzar y no pudo,  
dirigió al altar la vista  
y no vió la hermosa imagen  
á cuyo amor se acogía.  
Pensó entonces que su alma,  
se hallaba sucia y marchita  
y ante la divina Madre  
de presentarse era indigna.  
Salió del templo, bañando  
las lágrimas sus mejillas,  
y acudió á la penitencia  
para reformar su vida.

A la mañana siguiente  
se encontraba de rodillas  
ante la Virgen de Atocha,  
el alma de culpas limpia.  
Sus oraciones devotas  
al Dios del Cielo subían  
y el mancebo suspiraba  
y la Virgen sonreía.....



# CONSTANCIA EN LA FÉ.

## I.

De Madrid en un extremo  
habia una pobre casa  
de apariencia tan humilde  
como hoy altiva y bizarra.  
Corria entonces el tiempo  
en que sólo se cuidaban  
de ser valientes los hombres  
y recatadas las damas.  
Era Madrid como un pueblo  
de callejuelas cruzadas  
y edificios, aunque grandes,  
de arquitectura tan rara,  
que aunque las artes la estudien  
no pueden calificarla.  
En algunos se veían,  
restos de morisca usanza,  
mal dispuestos tragaluces  
en sus ojivas ventanas,  
formando á manera de arco  
sus puertas claveteadas.  
Otras con salientes rejas,  
ninguna de ellas muy alta,  
en donde al llegar la noche  
tiernas trovas se cantaban  
y dos almas se entendían  
en dulces y largas pláticas.  
En los estrechos rincones  
de las calles y las plazas  
veíase un Santo Cristo  
con una sencilla lámpara.  
En otras partes un nicho  
albergue daba á una estampa,  
con su humilde lamparilla  
de luz incierta y opaca.  
Y ante tan santas efigies  
los hombres se arrodillaban,  
cuando iban de allí á dos pasos  
á morir de una estocada.

En la casa que decimos  
habia una pobre estancia  
de aspecto triste, y en ella  
una mujer desgredada,  
secos de llorar los ojos  
y las mejillas más pálidas  
que una niña moribunda,  
que en sus brazos estrechaba.  
Segun las historias cuentan,  
todo el ajuar de la casa  
consistía en una mesa  
de pino, desvenijada.  
Sobre ella en un vaso roto  
una lamparilla daba  
señales de sed, muriendo:  
mas allá una pobre cama,  
algunos sitios viejos  
y en la pared una estampa  
de la Santísima Virgen  
en Atocha venerada.  
Era el rigor del estío  
en noche serena y clara,  
y á través de las roturas  
de una vetusta ventana,  
la luna se distinguía  
de leves nubes cercada.  
Sólo el respirar se oía  
acongojado y con pausa  
de la niña, y los quejidos,  
que aquella madre exhalaba,  
viendo morir en sus brazos  
la prenda de sus entrañas.  
De cuando en cuando sus labios  
articulando palabras  
confusas, incoherentes;  
vagas como su esperanza,  
indicaban que aún vivía  
la niña y que aún albergaba



el pensamiento la madre  
de verla en sus brazos sana.  
Hacia la Virgen purísima  
dirigía sus miradas,  
de todas las oraciones  
que aprendió en edad temprana  
buscando la más sentida  
y la de más eficacia  
para pedirla el remedio,  
que niega la ciencia humana.  
El tiempo en tanto corría;

la lamparilla agotada,  
chisporreando al ponerse  
en contacto con el agua,  
daba el resplandor postrero;  
á través de la ventana  
palidecía la luna  
con la luz pura del alba,  
y estremecida la niña  
convulso el lábio agitaba,  
dejando este triste mundo  
con una sonrisa vaga.

## II.

Ya el sol en el horizonte  
mostraba su luz risueña  
y al toque de las campanas  
hacia la vecina iglesia  
sus pasos encaminaban  
las tapadas con sus dueñas.  
Algunos ancianos graves,  
descubierta la cabeza,  
diciendo el *Angelus Domini*  
y repasando las cuentas  
de sus rosarios, cruzaban  
de Madrid las callejuelas.  
Y al pasar junto á la casa  
que conocemos, con pena  
se detenían, miraban  
un instante por la reja  
y su camino seguían  
sin darse de ello más cuenta.  
Pero, como es más curioso  
por precision el poeta,  
hará ver á sus lectores  
toda la lúgubre escena.  
Ya no era la pobre madre  
la que tenía á la yerta  
criatura, que tendida  
se hallaba sobre la mesa.  
Las sorprendidas vecinas  
acudían mal despiertas,  
formulando unas disculpas,  
otras buscando con prisa

algun manojo de flores  
para adornar la cabeza  
del ángel que atravesaba  
por las regiones etéreas,  
y otras varias agrupadas  
trataban cosas diversas,  
de las que siempre se dicen  
de un muerto á la cabecera:  
fantásticas despedidas,  
que desprenden de la tierra  
volando los pensamientos  
á donde las almas vuelan.  
Quién de la noche pasada  
tenía por cosa cierta  
el presagio de un mochuelo,  
que oyó lamentarse cerca;  
quién contaba apariciones  
sombrias y gigantescas,  
que sólo el agua bendita  
dispersaba con presteza;  
y quién los ruidos extraños  
de alguna casa desierta,  
en donde malignos duendes  
fabrican falsa moneda.  
Pero, á la madre volvamos  
que según su dolor era,  
si no ha muerto con la niña  
sólo con la muerte sueña.  
Cerca estaba de su hija,  
en triste llanto deshecha,



mesándose los cabellos  
con despiadada violencia.  
Mas, de su dolor en medio  
una esperanza halagüeña  
su semblante reanimaba  
contrastando con sus penas.  
Tambien en aquel instante  
su imaginacion enferma  
cruzando por el espacio  
poblado por las estrellas,  
ante la Virgen más pura,  
ante la Madre más tierna,  
con fé constante pedía  
para otra madre clemencia  
y un prodigio que volviese  
al ángel suyo á la tierra.  
Y era tanta su esperanza,  
su fé constante tan ciega,  
que á la Virgen y á la niña  
observaba macilenta,  
viendo tardarse el milagro  
cual si fuese una promesa.  
Y sin embargo, la niña,  
como si fuese de cera,  
inmóvil la contestaba  
con la purpúrea gangrena,  
que destruir amenazaba  
aquella boca risueña.  
De allí á unos cortos instantes  
observaban con sorpresa  
las descuidadas vecinas  
que estaba la puerta abierta  
y que faltaba en la casa  
su desesperada dueña.  
Asustadas del suceso  
y temiendo la violencia  
de aquel gran dolor, creían  
que era su locura cierta,  
y en su fantástica mente  
buscando historias diversas  
de otros casos semejantes  
las daban por verdaderas.

Y ya la voz se cundía,  
cada vez con mayor fuerza  
de que una pobre demente  
por Madrid andaba suelta.  
Mientras esto sucedía,  
de Madrid por las afueras  
iba una mujer llorando  
en negro manton envuelta,  
encaminando sus pasos  
de Atocha á la santa Iglesia.  
Halló su puerta cerrada,  
sintió faltarla las fuerzas;  
más nunca desfallecía  
en su piadosa creencia.  
Ruegos, lágrimas, preguntas,  
nada quedó que no hiciera,  
esperando contestára  
la Virgen á su insistencia,  
y una voz dulce, cuyo éco  
el alma encantada deja,  
más que al herir de las harpas  
con inspiracion las cuerdas,  
más que de angélicos coros  
los himnos que el Cielo llenan,  
«Vuelve, la dice, á tu casa:  
mi gracia luce ya en ella,  
que pues tu fé es prodigiosa  
con un prodigio se premia.»  
Y al cabo de un breve instante  
estrechaba con violencia  
en sus brazos á la niña,  
no ya lívida, no yerta,  
sinó hermosa y juguetona,  
que enseñándola risueña  
el cuadro, donde veía  
á la soberana Reina,  
así decía á su madre:  
«¿Quién es la Señora aquella  
con que he soñado esta noche  
y era tan dulce y tan buena?  
¡Si vieras cuánto la quiero.....  
llévame, por Dios, á verla!.....



## JUAN DE BERROJO.

Era una noche en que el viento  
con sordo rumor zumbaba,  
en que la lluvia caía,  
en que del rayo las ráfagas  
los infinitos espacios  
á intervalos alumbraban.  
Noche de horror y de angustia,  
noche en que aterrada el alma,  
de espanto sobrecogida  
á Dios angustiada clama.  
Noche en que tiembla el perverso  
y el bueno con confianza  
hace una Cruz en la frente  
apenas el trueno estalla.  
Noche de peligros llenas  
en que las nubes opacas  
ocultan del firmamento  
las constelaciones varias.  
En que las hojas se agitan,  
en que se tronchan las ramas,  
y las avecillas tímidas  
ocultas tiemblan y callan.  
Noche en que mueren las flores  
antes de tiempo agostadas  
y para el buque son vanos  
cadenas, timon y áncoras.  
Toledo yace en silencio  
y entre las mil nubes pardas  
se elevan sus edificios  
cual otras sombras fantásticas.  
Acaso por los resquicios  
de mal cerrada ventana  
se ven de un velon de aceite  
las diversas luces pálidas;  
mas entre el rumor del viento  
y las corrientes de agua,  
que bañan los desiguales  
callejones y las plazas,  
todas las voces se pierden  
todas las luces se apagan

y en temeroso silencio  
Toledo yace hasta el alba.

Pero miento, resguardado  
hasta la boca en su capa,  
el sombrero hasta los ojos  
y armado de estoque y daga,  
un hombre cruza las calles  
y sus pasos no recata,  
porque el ruido de la lluvia  
absorbe el de sus pisadas.  
Llámase Juan de Berrojo,  
es mozo y de cuna honrada,  
y aunque casado hace tiempo  
siempre entre aventuras marcha.  
Reñidor y pendenciero,  
cortejante de las damas,  
alegre pasa su vida  
entre citas y estocadas.  
Sólo al verle á tales horas  
temor su vista causará  
por su marcial apostura  
y lo largo de su espada;  
mas como nadie transita  
de Toledo por las plazas  
él prosigue su camino,  
sin miedo al viento ni al agua.  
Al cabo de corto rato  
y á la puerta de una casa  
vió entre las sombras á un hombre  
que el rostro también resguarda,  
y en un caseron de enfrente,  
entreabierta una ventana,  
tras de los hierros se vía  
una sombra ténue y blanca.  
Adelantóse hácia ella  
Berrojo lleno de audacia  
y ¡atrás! el otro le dijo  
desembozando la capa.  
Mas Berrojo, que no tiembla,



puesta la mano en la daga,  
¡atrás! á su vez responde  
y un corto silencio guardan.  
Pero al notar que no cejan  
uno ni otro en su demanda,  
á la par se aprestan ambos  
dando al aire las espadas.  
Y el viento zumbando sigue  
y la lluvia nunca para  
y el sordo rumor del trueno  
escúchase en lontananza.  
Y se cruzan los estoques  
y al furioso choque saltan  
chispas, que pronto se pierden  
lugar dejando á otras tantas.  
Acaso por el ruido  
entreábrese las ventanas,  
y las medrosas cabezas  
algunos vecinos sacan;  
mas distinguir no pudiendo  
sinó dos formas estrañas,  
se persignan temerosos  
y vuelven luego á cerrarlas.  
Sólo se conserva abierta  
y sin luz la de la casa  
en que hemos dicho se vía  
una sombra ténue y blanca.  
Y sigue en tanto la lucha  
cada vez más obstinada,  
hasta que Juan de Berrojo

mide la tierra de espaldas.  
La punta sale por ellas  
de una enrojecida espada,  
cuya cruz hiere su pecho  
con sus labores caladas.  
Muerto le juzga el contrario  
y con la fuga se salva,  
mientras Berrojo, en sí vuelto,  
á la Santa Virgen clama:  
«Virgen de Atocha Purísima,  
oye mi voz que te llama  
y no me dejes que muera  
en tan despreciable causa.  
Mucho te ofendí en mi vida;  
pero, *dámela mas larga*,  
para que la purifique  
con oraciones y lágrimas!»  
Y desmayóse de nuevo,  
cual si le dejase el alma,  
mientras la lluvia seguía,  
mientras el viento zumbaba.

Medio mes era pasado  
desde aquella noche aciaga,  
cuando en la ermita de Atocha,  
ambas rodillas hincadas  
en tierra y con el semblante  
lleno de fé y esperanza,  
rezaba sano Berrojo  
á la Virgen Soberana.

## EL VOTO.

Por un camino que lleva  
á la que hoy de España es córte,  
teniendo ya su carrera  
mediada el siglo catorce,  
marchaba con paso tardo,  
la mente abstraída, un hombre,  
con traje y aspecto estraños  
é indescifrable desórden.  
Su ropa denuncia al rico,

su rostro denuncia al noble  
y el resto de su persona  
induce á mil confusiones.  
Al cuello lleva una soga,  
de sus pies la sangre corre  
y van sus manos atadas  
con áspera cuerda y doble.  
Por donde quiera que pasa  
toda la atencion absorbe



y los muchachos le siguen,  
 constantes inquiridores.  
 Las mujeres le señalan,  
 salen á verle los hombres,  
 y nadie puede explicarse  
 cosa tan fuera del órden.  
 Mas, como el mortal no cesa  
 mientras sus miras no logre,  
 por donde quiera que pasa,  
 siguiendo curioso móvil,  
 le cercan por todas partes,  
 le asedian con sus cuestiones  
 y él á todas las preguntas  
 con tales frases responde:  
 —Pues que deseais os cuente  
 el motivo que me impone  
 el deber de ir con un traje  
 que es tan natural os choque,  
 prestadme atento el oído  
 y escuchad, viejos y jóvenes,  
 cual nuestra Virgen de Atocha  
 piadosa oyó mis clamores.  
 Nuestro buen rey D. Enrique,  
 que Dios su salud mejore,  
 pasó á Búrgos hace tiempo  
 á fin de celebrar Córtes.  
 Procurador fuí á ellas,  
 Diego Gudiel es mi nombre  
 y mi alcurnia tan honrada,  
 que no cede á las mejores.  
 Sucedió que en mi posada  
 dieron muerte cierta noche  
 á un pariente del monarca:  
 la causa no se conoce.  
 Se encolerizó por ello,  
 mandó hacer varias prisiones  
 y á mí y cinco caballeros  
 se nos tomó por autores  
 de la muerte. ¡Cuánto yerran  
 en su jüicios los hombres!  
 Formóse causa y los jueces  
 sin oír nuestras razones  
 nos condenaron á muerte,  
 mandando que se pregone  
 la ejecucion y el verdugo  
 nuestras existencias corte.

Falto de toda esperanza  
 y pronto á morir, tornóse  
 mi pensamiento á la Virgen,  
 que siempre al justo socorre,  
 Hícela el voto que hoy cumplo,  
 si me libertaba entonces  
 de la muerte, y compasiva  
 oyó mis quejas y voces.  
 Hacia el patíbulo andaba  
 cuando un amigo encontréme  
 felizmente y condoliéndose,  
 de verme morir tan jóven,  
 y de una tan alta alcurnia  
 cuanto inocente, rogóles  
 fuesen despacio á los jueces.  
 Él en busca del rey corre  
 y al cabo de corto rato  
 en manos de aquellos pone  
 un anillo del monarca,  
 mandando que me perdonen.  
 Pregunto si es á mí sólo,  
 que si mi amigo responde,  
 y altivo el perdon rechazo,  
 por ser indigno de un noble  
 dejar que perezcan otros  
 cuya inocencia conoce.  
 Ruega de nuevo mi amigo,  
 al escucharme, demoren  
 la ejecucion de los reos,  
 que en mí su esperanza ponen,  
 y el rey, que nuestra inocencia  
 por mi respuesta conoce,  
 la vida á todos concede  
 y el fuerte enojo depone.  
 Ya era tiempo; cuando un page  
 al juez le entregó esta órden,  
 del afrentoso cadalso  
 llegaba á los escalones.  
 ¡Gloria á la Virgen de Atocha!  
 Tal es mi historia, señores:  
 juzgad si tan gran servicio  
 no vale trabajo doble.  
 Y adios, que impaciente anhelo  
 elevar mis oraciones  
 en el templo de la Madre  
 de los pobres pecadores!—



## VER Y CREER.

---

De Madrid en las Iglesias  
tocando están las campanas  
y lucen mil colgadas  
los balcones de las casas.  
Llena el gentío las calles  
y por doquier se derrama,  
con tristeza en el semblante,  
con esperanza en el alma.  
Y al ver sus trajes que tienen  
parte de duelo y de gala,  
el que la causa no sepa  
no puede dar con la causa.

Los caniculares rayos  
del sol los campos abrasan  
y van muriendo las mieses  
antes de tiempo agostadas.  
Por eso invocan al Cielo,  
por eso á la Virgen Santa  
de Atocha hacen rogativas  
y de su templo la sacan.  
Que siempre que la invocaron  
remedió afable sus ansias,  
dando á sus sembrados riego  
y consuelo á sus desgracias.  
Ese es el móvil que guía  
á la gente, esa es la causa  
de que se adornen balcones  
y repiquen las campanas.

De pronto hácia un mismo punto  
precipitándose marchan  
las gentes, que ver anhelan  
á la Imágen Soberana.  
En gran procesion la llevan

entre estandartes y mangas  
é infinitos religiosos,  
que cantando la acompañan.  
Impregna el aire el incienso;  
todas las gentes se callan  
y de devocion henchidas  
se arrodillan al mirarla.  
Las cabezas se descubren  
y aunque las voces se apagan,  
se escucha el sonido ténue  
de rezos, que inspira el alma.  
El religioso cortejo  
sigue entretanto su marcha  
y el cántico de los frailes  
se escucha ya en lontananza;  
mas la procesion dejando  
va, por do quiera que pasa,  
fervorosas oraciones  
y gentes arrodilladas.

Junto á la ya destruida  
puerta de Guadalajara,  
entre una turba de fieles,  
un mahometano se hallaba.  
Hombre era de grandes luces  
y de instruccion esmerada,  
muy dado á la astrología,  
y el vulgo mismo en sus pláticas,  
poco compasivas siempre,  
daba por cosa sentada  
que hacer conjuros sabia  
y con el diablo trataba.  
Ignorante de aquel uso  
quiso conocer la causa,  
y así que la hubo sabido,



soltando una carcajada,  
miró al Cielo, azul entonces,  
y dijo á los que escuchaban:

—«¡Pardiez! Si esperais que llueva  
esperadlo con cachaza;  
mientras no cambie la luna  
las rogativas son vanas.  
Y en prueba que lo que digo  
no son triviales palabras,  
os juro cristiano hacerme  
si cae una gota de agua.»

En esto cambiando el viento  
se forman cien nubes pardas

y antes que la Imágen pura  
entrarse en su santa casa,  
copiosa lluvia las calles  
y las campiñas regaba,  
para contento de un pueblo,  
para bautismo de un alma.

Sintió el morisco el milagro  
y cumpliendo su palabra,  
en la pila del bautismo  
que el primer pecado lava,  
se hizo llamar Juan de Atocha,  
dando así una prueba clara  
de cuanto puede la Virgen  
y de cuan grande es su gracia.



## DESPEDIDA.

---

Sagrada Virgen de Atocha,  
si escuchas mi pobre acento,  
acójelo con clemencia  
y admite mi adiós postrero.  
Cantor errante de glorias  
al pie llegué de tu templo  
é imploré que me inspirases  
religiosos pensamientos.  
Hoy de mi cansada lira  
reposar las cuerdas dejo,  
mientras suenan en mi patria  
sus poco armoniosos écos.  
Y cuando por mi desdicha  
se vayan al fin perdiendo  
y pasen á formar parte  
del mundo de los recuerdos,  
volveré á emprender mi marcha  
y daré mi voz al viento,

sin saber á dónde parto,  
sin saber de dónde vengo.  
Alta y serena la frente,  
libre y desahogado el pecho,  
entonaré nuevos cantos  
sin temor al hado adverso.  
No me aterrará el camino  
en densas brumas envuelto,  
ni los hondos precipicios,  
ni los mundanos tropiezos,  
si del Cielo donde reinas  
al lado del Dios Eterno,  
protejes con tu clemencia  
é inspiras los pensamiéntos  
del pobre cantór de glorias,  
que hoy se aleja de tu templo.

. . . . .  
. . . . .



## ADVERTENCIAS.

---

El Monasterio de Atocha, célebre por su antigüedad, que se pierde en la noche de los tiempos, y más aún por la constante veneración del pueblo de Madrid á su principal Imágen, asunto es digno de inspirar á los verdaderos poetas con las milagrosas historias que corren de boca en boca, ó apoyadas en auténticos documentos.

Superior, era, pues, la empresa á mis escasas fuerzas, y de ella hubiera desistido sin duda, á no tener hechos estudios para esta obra, en que tomando solamente algunos de los temas, que más se prestaban á la poesía, he abandonado los que de incierta veracidad ó controvertida existencia podían ser motejados por la crítica contemporánea, nada caritativa por cierto.

No he entrado por lo tanto en analizar el origen de la venerable Imágen, que algunos hacen datar de la época de los Apóstoles y afirman que fué pintada por San Lucas, al paso que otros dicen llamarse así de *Theotocos* (madre de Dios), ó aseguran deber su nombre á haber sido encontrada en unos *atochares* (1), como hemos referido en la historia de Gracian Ramirez.

---

(1) Terrenos plantados de atochas ó espartos.



Creemos no puede admitirse en absoluto ninguna de estas hipótesis, siendo más de presumir que fuese traída á España esta Imágen, como tantas otras, por los discípulos de los Apóstoles, que las sacaron de Antioquía para su predicacion, y da fuerza á esta creencia su mismo nombre de *Atocha*, corrupcion, á nuestro modo de ver, de *Antiochia*.

Pero, lo innegable es su existencia en tiempo de los moros, que acaso no vieron la ermita, y es tambien fácil fuese ocultada por los fieles entre las malezas, como lo fué la de la Almudena en la muralla de Madrid, comprobando su existencia en esta época el ser mencionada ya por los años de 600, en que San Ildefonso, arzobispo, la enviaba desde Toledo cargas de cera para su culto.

Reconquistado Madrid por D. Alfonso VI, continuó siendo venerada en extremo esta Imágen, y en épocas más recientes la vemos salir de su templo en las enfermedades de Felipe II, el príncipe D. Carlos y otros miembros de la Familia Real.

Felipe III la construye el templo que hoy ocupa, y las peregrinaciones de los fieles hacen necesario el establecimiento del hospital (hoy Cuartel de Inválidos). Es Patrona de la Corte de Madrid, y desde esta época encierra en su recinto ofrendas piadosas y guerreras, protege á su pueblo en varias sequías, y obra infinitos milagros, referidos por sus cronistas.

En la última invasion extranjera es retirada de su templo por unos devotos suyos, lastimados de verlo convertido en cuartel de Caballería. Una vez pasado el peligro es restituida á él, y prosigue repartiendo beneficios á los devotos, que imploran su misericordia.

En cuanto á la forma dada á esta obrita, diremos pocas palabras.



Hemos buscado los milagros que más se prestaban á la leyenda, y procurado referirlos en un lenguaje sencillo, sin recargarlo de poéticos adornos; el romance es la natural expresion de las glorias pátrias.

La divergencia de unos autores con otros, respecto al año de los milagros, ha motivado el no ser puestos cronológicamente, tanto más cuanto que no creemos necesaria esta circunstancia en una obra puramente poético-religiosa.

Concluiremos pidiendo indulgencia por los muchos errores de que indudablemente adolecerá, y agradeciendo de antemano las reflexiones que pueda hacernos la crítica, y trataremos de seguir, siempre que sean justas.

---











Se halla de venta esta obrita. al precio de **cuatro reales**, en casa de su administrador, D. Manuel Sala, calle del Prado, núm. 11, establecimiento de *encuadernaciones de lujo*, y en la librería de Durán, Carrera de San Gerónimo.

Los señores residentes fuera de la corte que gusten adquirirla, remitirán al citado administrador 10 sellos de correos, de cuatro cuartos. A los libreros de provincias que tomen diez ó más ejemplares, se les rebajará el 25 por 100.